

Ricardo Molinari

María Inés Narvaja

Los grupos de Martín Fierro y de Boedo sentaron las bases de la literatura contemporánea en la Argentina. El movimiento martinfierrista significó una puesta al día de la literatura argentina con respecto a la europea. Su centro es la poesía, aunque el interés se extiende a todo el arte contemporáneo. Quieren terminar con una poesía momificada por la musicalidad modernista, sobre la base de la metáfora practicada por los ultraístas y vanguardistas europeos. Recurren al humor, a la broma, al juego: es su esfuerzo por acabar con la retórica literaria fraguada por el

público burgués. Se abren a todas las voces, aunque rechazan el futurismo y respetan la inteligibilidad del poema. Proscriben la musicalidad y la rima (y a su mayor defensor, Leopoldo Lugones), rechazan la descripción anecdótica, los nexos lógicos y la ornamentación gratuita. Esta sacralización de la literatura los enfrenta con el grupo de Boedo, preocupado por llevar a su obra la protesta por la injusticia social y las contradicciones de su tiempo. Eran dos maneras de entender la literatura, expresadas entonces por la oposición entre literatura formal y literatura contenidista, literatura gratuita y literatura de izquierda.

Uno de los líricos más notables de la generación del '22 es Ricardo Molinari. Su contacto con Gerardo Diego, García Lorca y Rafael Alberti lo llevó a desechar el verso libre y el brillo metafórico a cambio de una poesía ensimismada en la nostalgia y la soledad. Nació en Buenos Aires. Publicó numerosos libros y cuadernos de poesía, entre ellos: *El imaginero* (1927), *El pez y la manzana* (1929), *Hostería de la rosa y el clavel* (1933), *Elegías de las altas torres* (1937), *Cinco canciones de amigo* (1939), *La corona* (1939), *Libro de las soledades del poniente* (1939), *Odas a orillas de un viejo río* (1940), *Mundos de la madrugada* (1943), *El alejado* (1943).

Quisiera que me dejaran

Quisiera que me dejaran como a un ángel perdido, en el desierto;
que me olviden así, abrazado y solo, volviendo a una llama seca;
regresando sin temor a la otra noche;
olvidado.

Cuando se nace para vivir en la tierra, bajo un cielo de
vientre de ballena,
la soledad del hombre muerto
quiere salir de la soledad,
hacia toda la inocencia, desterrado.

Cuando me veas devuelto al olvido, abandonado,
ya no me hallarás las flores sobre el ciego hombro,
ni el río melancólico donde mojabas tu cuello
de helecho secado en un jarro.

Arriba está el otro viento. No me digas nada;
Hoy tengo la lengua oscura, y el sentimiento,
impenetrable, aborrecido.

El Sur es un llano lento, que nadie entiende,
donde a veces llora una cabeza de caballo
el aire desesperado.
Donde mi corazón sale por la tierra
a buscar aliento.

Mundos de la madrugada

No sé si cantando

No sé si cantando se seca el viento
 la voz pierde su humedad. Cuando pienses
 que nadie entiende nada, y por qué vuelvo al Sur
 y que hay personas que miran la poesía
 como un tiempo perdido, igual que una barba griega.
 (Si ellos vieran la sombra debajo de un farol, mutilándose
 como una ballesta, y a cada uno de nosotros
 en su lucha
 por salvarse del odio.)
 Mañana cuando vuelva el aire
 a cernirse sobre las flores, sobre las altas paredes
 que custodian el mundo,
 y los ángeles regresen cansados a sus árboles
 después de querer ordenarnos sin pan,
 cuando el horizonte cante debajo del cielo
 y hayan hombre que bailen alegres, juntando los brazos
 vertiginosos,
 y las aves del mar se quejen y vuelen alrededor de los mástiles,
 yo pensaré: oh, mi hogar del Sur, al Oeste de un río,
 y gozaré memorias agradables. —Alguna vez,
 el olvido también correrá sobre el mar,
 y mi tierra irá callada hacia la otra tierra sin esperanza,
 y yo no sé si seré feliz.

Quien no haya oído nunca lamentarse
 el viento
 en el hielo,
 no sabe lo que es el recuerdo. Yo tengo los labios
 húmedos de mirar por una ventana.
 El olvido debe ser igual que la pampa,
 así como un paseo concluido o una cabellera
 que ha quedado reposando entre el polvo.
 Una rama de naranjas tiene el día
 para el que pierde el aliento:
 ¡quién me pintará a mí una rosa en la oscuridad!
 Espada o fresno, montes de acero, mi soledad es
 parecida al frío,
 que ya no tengo sed. (Mañana podría cambiar todo
 gimnasia. Vivir)
 Si uno pudiera vivir de nuevo el día
 pleno, sin hierros!
 Yo tengo un gran deseo en la garganta
 —nostalgia o viento—
 clamor que endurece: ser otra persona,
 playa que no quiere ser escuchada.
 Víspera sin memoria,
 luna sin agua.

Mundos de la madrugada

“Yo tengo un gran deseo en la garganta”, canta el poeta para expresar aquella nostalgia por ser otro, por ser siempre. Deseo de que el día pueda ser vivido nuevamente para gozar en él de aquellas cosas que la velocidad de la rutina nos hace olvidar.

Vivir es una gimnasia que necesita entrenador y dedicación para que la carrera del tiempo no nos gane el placer de gozarla a pleno, conscientes de todo lo que alegra y entristece, de todo lo que ganamos y perdemos, de todo lo que la libertad nos permite para “salvarse del odio” y buscar así un lugar en el mundo donde podremos pintar una rosa en la oscuridad para aquél cuya la soledad se parece mucho al frío.